

LA VOZ DE LA CARIDAD



N.º 195.—15 de Abril de 1878.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A...

D. P. H.—Damos á V. las gracias en nombre de nuestros pobres por la generosidad con que nos ha pagado con 100 reales la suscripcion por un semestre á nuestra revista. A nosotros, que conocíamos la bondad de V., no nos ha sorprendido, y ya nuestros pobres ven en V. un nuevo bienhechor.

.....—Su nueva limosna de 20 rs. ha sido entregada á una pobre enferma para que pueda tomar leche de burra, cuya prescripcion médica no podía cumplir por falta de recursos. Si recobra la salud, á V. lo deberá.

Doña M. G.—Con su limosna de 20 rs. ha podido comer unos dias una familia que con demasiada frecuencia carece de pan y cuyo agradecimiento trasmitimos á V.

El hijo de una suscritora que ya no existe.—La ropa usada que V. nos ha remitido ha sido entregada á unos pobres con encargo de encomendar á Dios á la que V. llora.

Málaga.—D. Rafael D. de A.—Recibidos los 40 rs., que al momento han tenido una aplicacion caritativa, sirviendo de socorro á una jóven moribunda que apenas tenia ni para una taza de caldo. ¡Que Dios bendiga al bienhechor malagueño como esa pobre jóven le bendice sin conocerlo!

Una suscritora.—Los 100 reales en vez de veinte de su suscripcion por un año han servido para socorrer á dos familias muy necesitadas de socorro. En una, habia un enfermo sin cama, en la otra nacia una niña cuyo padre se habia lastimado una mano

trabajando, y hacia tres semanas que estaba sin jornal. A su necesidad iguala su gratitud: recíbala Vd. con la nuestra.

Un asturiano que desde Sevilla envia 100 reales, para alguna de las familias de los náufragos de Candás.—Se recibió su limosna; no se ha dado todavía, porque la persona que ha de investigar la mayor necesidad y socorrerla, no ha podido ir á Candás, irá en toda la semana, y en el próximo número sabrá Vd. el nombre de los que le bendicen con nosotros sin saber el suyo.

BUENOS HIJOS DE ASTURIAS.

Cuando hace más de un año, preguntamos con angustia por dos lanchas pescadoras de Candás que no parecían; cuando supimos con dolor que habían perecido todos sus tripulantes, á la pena de esta gran desdicha se unió la del desamparo en que quedaban viudas, huérfanos y padres ancianos de quienes eran sosten los que acababan de morir en la flor de la vida. Más de cien personas, decían, ¡quedan á merced de la caridad!

Nosotros que imploramos con tanta frecuencia la caridad, claro está que no desesperamos de ella; pero una triste experiencia nos ha hecho no esperar tanto como quisiéramos, y temíamos que no fuera bastante activa y perseverante para amparar á las familias de los náufragos. Semejante temor no tardó en dar lugar á la esperanza. Abriéronse aquí suscripciones, donde los ricos figuraban de modo que no hacia lamentar que lo fueran, y los ménos acomodados tampoco cerraban la mano. Los que no podían dar, pedían, y nos conmovieron profundamente aquellos artesanos, perdiendo medio dia de jornal; aquellos músicos tocando gratis, y recorriendo las calles de la villa para contribuir al socorro de tantos desvalidos. Con la música que tiene armonías para los dolores como para las venturas del hombre, llamaban la atención, y en su bandeja, con la moneda de plata del señor, fueron las de cobre de muchos pobres, limosna tres veces bendita, porque significa un verdadero sacrificio del que la dá. El Ayuntamiento de Jijon y algunos otros, la Diputación provincial, los periódicos de la provincia, acudían con donativos y abrían suscripciones. Aunque somos tan materiales que las desgracias nos impresionan más ó ménos, segun suceden á mayor ó menor distancia, y aunque hay mu-

cha desde la costa en que las madres y las esposas buscaban en vano á los que no verian ya nunca, ni aun muertos, hasta las posesiones españolas de América, los hijos de Asturias allí residentes, compadecieron de veras á sus paisanos que habian perecido y á los que aquel desastre dejaba en la miseria. Decimos *de veras*, porque no se limitaron á una simpatía pasajera é inútil, sino que persistieron en asociarse á la desventura, procurando consolarla.

Por entonces recibimos una carta de la Habana de un hijo de Candás que nos contaba su pena grande por la desventura de sus convecinos: era un desconocido, pero no era un extraño, no; fraternizábamos en la compasion dolorida. No hay ciertamente arte en este escrito; pero cuánto nos conmovió con su sencillez, con su gratitud, porque habíamos compadecido, con aquella verdad con que está pintada la fuerte impresion del dolor al saber la triste nueva, el quedarse primero triste y pensativo, el salir despues en busca de otros que compadezcan aquella desgracia y procuren atenuarla. «Aprovechamos este momento de escitacion, dice, y no llegamos á una puerta, bien sea de asturiano ó de otras provincias, que no tengamos buena acogida, y cada uno nos dá lo que puede, y nosotros le decimos: Dios se lo pague.»

El resultado de tan piadosos sentimientos, se vé en los estados que copiamos á continuacion. Con las 38.639 pesetas recaudadas, bien y fielmente distribuidas, se ha hecho una grande obra de caridad. Todos los que han tomado parte en ella, deben tener la satisfaccion de haber contribuido á evitar terribles privaciones, la mendicidad de numerosas familias, y todos los males en fin que son consecuencia de la última miseria. Se ha dado la mano á los caidos, y se han levantado, en lugar de caer más abajo cada vez como acontece á los que no se levantan. ¿Y para esto, qué ha sido necesario? Un poco de compasion, y desprenderse de algunas monedas que no hacian falta.

¿Cómo no serán los hombres mejores, siendo tan fácil y tan dulce ser buenos, como lo han sido en los hijos de Asturias? Con pocas excepciones, asturianos son los que socorrieron á los desvalidos de Candás, y su caridad puede citarse para ejemplo y para consuelo. Para ejemplo, porque tal vez no en todas las provincias hubiera hallado tanta compasion las familias de los pobres náufragos; para consuelo, porque le hay en ver mucha gente compasiva, y tambien fortalece el ánimo saber que existe. ¡Qué prueba no sufren los buenos cuando se creen sólo!

¡Cuán difícil es resistir á ella, cuán fácil caer en el desaliento que produce la soledad desconsolada! Estos bienhechores los han sido de los pobres, de los que por ellos se interesan, y de los que necesitan ver buenas obras para animarse á imitarlas. En nombre de todos les envía la expresion de gratitud muy sentida

CONCEPCION ARENAL.

Gijon, 9 de Abril de 1878.

SUSCRICION

Á FAVOR DE LAS FAMILIAS DE LOS NÁUFRAGOS DE CANDÁS:

Estado demostrativo de la distribucion de las figuradas treinta y ocho mil seiscientas treinta y nueve pesetas, cincuenta y cuatro céntimos, resultado de dicha suscripcion, expresando el número, edad, sexo, estado y vecindad de las viudas, huérfanos y padres de los desgraciados naufragos, y las cuotas que á su tenor esta Junta ha creído justo asignarles:

	Pts. Cts.
Viuda de José Muñiz Matías, de 50 años de edad, natural de Bocines, con 6 varones y 2 hembras hijos huérfanos en su compañía.....	2.477-40
Id. de Antonio de Prendes, de 36 id., natural de Candás, con 3 id. y 3 id. id.....	2.890-30
Id. de Manuel Ruiz, de 34 id., natural de id., con 1 id. y 2 id. id.....	1.651-60
Id. de Gabriel Gutierrez, de 38 id., natural de id., con 3 idem y 2 id. id.....	1.651-60
Id. de Anonio Fernandez Cantarines, de 34 id., natural de id., con 1 id. y 2 id. id.....	1.051-60
Id. de Félix Menendez Corvera, de 30 id., natural de idem, con 1 id. y 3 id. id.....	1.548-37
Id. de Antonio Suarez Otero, de 32 id., natural de id., con 2 hembras id.....	1.238-70
Id. de Ramon Gonzalez de la Vega, de 38 id., natural de id., con 3 varones y 2 hembras id.....	1.032-25
Id. de Ramon de la Viña, de 38 id., natural de id., con 1 idem y 3 id. id.....	1.651-60
Id. de Manuel Fernandez Perdones, de 47 id., natural de id., con 3 hembras id.....	1.651-60
Id. de Ignacio Moran, de 31 id., natural de id., con 1 varon y 1 hembra id.....	1.238-70
Id. de Rafael Rodriguez Arenas, de 43 id., natural de idem, con 1 hembra id.....	825-80
Id. de José María Fernandez, de 34 id., natural de id., con 1 varon y 1 hembra id.....	1.238-70
Id. de Romualdo Rodriguez Labiada, de 56 id., natural de id., con 2 id. y 4 id. id.....	1.238-70
Id. de Manuel Perez Valdés, de 36 id., natural de id., con 1 id. y 3 id. id.....	1.238-70

Id. de José Rodríguez Moran, de 28 id., natural de Bocines, con 1 id. y 2 id. id.....	1.341-92
Id. de José García Pola, de 30 id., natural de id., con 1 idem y 2 id. id.....	1.651-60
Id. de Manuel Velasco, de 26 id., natural de Candás, con 1 hembra id.....	825-80
Id. de Alvaro More, de 28 id., natural de id., con 2 varones id.....	929-02
Id. de Facundo Alvarez Pinzales, de 32 id., natural de id....	619-35
Id. de Manuel Ovies, de 70 id., natural de id.....	825-80
Id. de Manuel Hevia, de 45 id., natural de id., 3 varones....	1.03á-25
Id. de Elías Muñiz, de 80 id., natural de id., con 1 nieto y 3 nietas.....	1.032-25
Hijos de Isidoro Fernandez Pumarino, naturales de id., con 4 id.....	1.445-15
Padres de Enrique Serrano, de 50 años varon y 46 hembra, naturales de id., con 2 varones y 3 hembras.....	619-35
Id. de Julio Muñoz y Valle, de 40 id. y 40 id., naturales de id., con 1 id. y 1 id.....	619-35
Id. de Manuel Gonzalez de la Vega, de 55 id. y 45 id., naturales de Bocines, con 3 hembras.....	619-35
Id. de Manuel García Rovés, de 55 id., naturales de id., con 3 hembras.....	722-58
Id. de José de la Viña, de 60 id. y 61 id., naturales de idem, con 2 id.....	516-13
Id. de José Rodríguez Moran, de 77 id. y 72 id., naturales de id., con 1 id.....	429-56
Madre de Genaro Cuervo, de 43 id., natural de Candás, con 2 varones y una hembra.	516-13
Id. de Gervasio Muñiz, de 45 id., natural de id., con 1 idem y 1 id.....	516-13
Id. de Félix Menendez Corvera, de 70 id., natural de id.....	412-90
Id. de Manuel Fernandez Perdones, de 71 id., natural de idem.....	206-45
Visitacion Fernandez Hevia, de 28 id., natural de id.....	412-90
Suma.....(1)	38.519-59
Pagado á diferentes por los gastos ocasionados en sus viajes con objeto de recaudar parte de la suscripcion, servicio de llamadas, escribiente, impresion y franqueo.....	119-95
Total.....	<u>38.639-54</u>

RESÚMEN.

	Pts. Cts.
Importan los ingresos, esto es, el resultado de la suscripcion.....	38.639-59
Id. los gastos, esto es, su distribucion.....	38.639-54

El Presidente, Rodrigo Fernandez Alvarez.—El Depositario, José G. Orbon.—El Secretario, Luis Valdés Busto.

(1) Además de estas sumas las familias de los náufragos han recibido algunas limosnas directamente y que ingresaron en la depositaria de la Junta.

Relacion expresiva de las cantidades ingresadas en la depositaria de esta comision de socorros, producto de la suscripcion verificada en favor de las viudas y deudos de los desgraciados naufragos de Candás:

	Pts. Ctss
Se hizo el ingreso en depositaria por D. Genaro Alás y Ureña, vecino de Oviedo, procediendo la suscripcion en esta forma:	
Gobierno militar de la provincia.....	245-50
Fábrica de armas de Trubia.....	250
Administracion de <i>El Eco de Asturias</i>	702-43
Id. de <i>El Noticiero de id.</i>	1.538-50
Id. de <i>La Correspondencia de id.</i>	108-50
Comercio del Sr. Masaveu, de Oviedo.....	915-50
Depositaria de la provincia.....	1.352-59
Id. id. por D. Manuel Gonzalez Pola, de Avilés:	
Municipio y vecindario de dicha villa.....	3.577-50
Id. id. por D. Hermenegildo Garcia Barrosa, de Candás:	
Casino de Gijon.....	3.955
Administracion de <i>El Productor</i> , de id.....	1.446-50
Círculo Mercantil de id.....	573-50
Vecindario de Candás.....	439-12
Municipio de Carreño.....	75
Id. id. por D. Domingo Gonzalez Coto, de Gijon:	
Isla de Cuba, poblacion de Cienfuegos.....	3.703-93
Id. id. por los Sres. D. Ramon Suarez y Compañía y Barbachano y Compañía, de la Habana:	
Id. Santa Clara.....	1.394-50
Id. Habana.....	3.457-05
Id. id. por D. Manuel Prendes, de Gijon:	
Id. id.....	3.250-25
Id. Cárdenas.....	830-22
Id. id. por el señor cura párroco de Remedios:	
Id. San Juan de los Remedios.....	1.000
Id. id. por D. Manuel Gonzalez Valdés, de Candás:	
Id. de Santiago.....	1.482-25
Id. id. por D. Manuel Garcia Muñoz, de Gijon:	
Id. de la Habana.....	600
Vecindario de Colunga.....	45-75
Id. id. por D. Genaro Alas, padre, de Oviedo:	
Id. de Rivadesella.....	229-70
Id. id. por el señor cura párroco de Candás:	
Del Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis.....	175
Del señor provisor.....	80
De una Asociacion religiosa.....	200
Por sí.....	100
Id. id. por D. Miguel Arias de Cartavio, de Gijon:	
Idem.....	22-50
Id. id. por D. Gumersindo Solís, de id.:	
Idem.....	25
Id. id. por D. Joaquin del Campo, presbítero, de Candás:	
Gobierno de S. M.....	1.000
Id. id. por D. Manuel Garcia Bango, de id.:	
Exema. Diputacion de la provincia.....	3.000

Ilustre Ayuntamiento de Gijón.....	2.817.50
Id. id. por el señor cura párroco del (no recordamos la parroquia) concejo de Cangas de Tineo:	
De su vecindario.....	46-25
Total.....	<u>38.639-54</u>

El Presidente, Rodrigo Fernandez Alvarez.—El Depositario, José G. Orbon.—El Secretario, Luis Valdés Busto.

¡Á QUÉ MATARSE SI SE MUERE!

Los periódicos lo han dicho con todos sus detalles. No hay, pues, ya inconveniente en publicarlo.

D. Ricardo G. y V., jóven estudiante de 20 años, hijo de una familia acomodada y honrada, vivia en Sevilla en compañía de otros jóvenes tan apreciables como él.

Su vida era metódica y tranquila; su carácter bueno; su honradez intachable. En su existencia no parecia haber grandes pesares ni en su espíritu graves preocupaciones. Esto *parecia*, pero posible y aún probable es que hubiese algo de uno y otro cuidadosamente encerrado en su pecho.

Un dia desapareció de su casa sin dejar escrito, encargo ni indicio alguno de la causa y objeto de la ausencia. Sus cariñosos amigos se preocuparon de ello en extremo; las autoridades se ocuparon igualmente; pero trascurrieron seis dias sin adquirirse la menor noticia de su paradero. Un homicidio, un desafío, un suicidio, un secuestro, una fuga al extranjero, todo parecia posible; pero nada se presentaba con visos de probabilidad, dadas las condiciones del jóven Ricardo. Sin embargo, una de estas soluciones habia sido, desgraciadamente, cierta. El telégrafo, que estaba puesto en movimiento, trajo primero fatales indicios, que luego se confirmaron por las gestiones celosas de los amigos. ¡El infeliz Ricardo se habia suicidado en el Puerto de Santa María!

Las circunstancias de su muerte fueron extraordinarias y han dejado la causa de ella en el mayor misterio. Tan sólo se descubrió que habia habido una premeditacion terrible, una serenidad pasmosa y un propósito decidido de desaparecer del

mundo sin dejar conocimiento ni rastro alguno de su persona.

Escogió para matarse la ciudad del Puerto de Santa María, donde no habia estado nunca. Llegó allí por la noche: cenó y se hospedó en una fonda, sin decir su nombre, aunque se le preguntó; al dia siguiente, en aquel dia que tenia dispuesto fuese el último de su existencia, almorzó tranquilamente, al parecer, entró en un café, tomó taza, copa y cigarro; fué luego á una biblioteca popular, pidió y leyó un rato el conocido discurso de Bosuet sobre la historia universal; estuvo conversando con el bibliotecario, á quien se hizo simpático por sus maneras y por su instruccion; se marchó despues al pinar inmediato á la ciudad, y allí se disparó seis tiros de rewólver, tres en la cabeza y tres en el pecho.

Por la mala direccion de los proyectiles no murió en el acto; vivió todavía 18 horas; resistió toda declaracion, obstinándose en un espantoso silencio, y espiró sin revelar su nombre (que luego se supo), ni hacer encargo alguno, ni mostrarse arrepentido. ¡Y sin embargo, el infeliz tenia madre y una jóven digna á quien amaba y de quien era correspondido con cariño tranquilo y sin pesares!

¡Detalles verdaderamente extraordinarios en cualquiera persona, y más en un jóven de la edad y de las circunstancias del jóven Ricardo! Merece meditarse algo sobre ello.

Siempre hemos aceptado el principio de que todos los hombres están más ó menos sujetos á alteraciones profundas ó pasajeras de la razon que Dios nos ha dado para que nos sirva de guía en nuestros actos. No son locos tan sólo los que hablan disparates y viven encerrados en los manicomios. Esta máxima la creemos perfectamente aplicable á los suicidas.

En estado de sereno ejercicio de la razon nadie se mataria, aunque fuera posible prescindir de la idea religiosa. Hay en nuestra organizacion física y moral una tendencia marcada á conservar la vida y combatir la muerte. Sólo se concibe perfectamente el deseo de que ésta llegue, en una situacion de completo ascetismo religioso y de una fé fervorísima. En tal estado, el alma, desprendida ya de este mundo, parece entregada anticipadamente á las beatitudes celestiales, y no es extraño que desee la muerte del cuerpo para disfrutarlas por completo. ¡Envidiables son los santos y los mártires!

Pero fuera de esa situacion excepcional, sólo un gran dolor ó una grave perturbacion de espíritu puede armar la mano del suicida; y ese dolor y esa preocupacion, cuando á tal extremo conducen, son verdaderas locuras.

No por serlo, sin embargo, dejan de ser los suicidas, aparte de su culpabilidad moral, religiosa y legal, seres dignos de profunda compasion. Apenas se concibe desgracia mayor que la suya. Fijémonos, como ejemplo, en el jóven Ricardo.

A los 20 años, cuando no hay pasado doloroso ni experiencia desengañadora, cuando principia la vida de las sensaciones gratas y de las ilusiones deliciosas, cuando se tiene por delante un porvenir probable de vida larga, cuando los pesares no pueden hacer huella indeleble, porque el goce de la vida está en todo su desarrollo y la imaginacion en toda su lozanía; en esa edad venturosa, nuestro desdichado jóven se desprende de todo y se dispone friamente á cortar una existencia en su plenitud más vigorosa.

Y para hacerlo, no se encierra en un cuarto lóbrego, y llevado del arrebató de un momento se dispara un tiro. No: vá á una poblacion separada de la suya, oculta su nombre y escoge para el gran atentado un bosque pintoresco, solitario y poético.

Allí, bajo el sol esplendoroso del medio dia, rodeado de las maravillas de la creacion, oyendo el canto de los pajarillos y el murmullo de la brisa sobre las hojas del arbolado, aspirando el doble perfume embalsamado de las flores silvestres y de la brisa del mar que llega hasta aquel sitio; allí, donde todo convida á vivir y á gozar, y donde todo lo que el hombre contempla y escucha encierra un himno universal de adoracion al Criador, allí la criatura reniega de su Criador, y en lugar de darle gracias por el milagro constante que constituye el organismo de nuestro cuerpo y las funciones de la vida, lanza una especie de reto impío, despreciando y extinguendo violentamente el don precioso de esa misma vida. ¡Locura inmensa y deplorable!

Tan inmensa es, que sin dejar de contemplarla bajo el criterio religioso, suscita un movimiento de profunda compasion hácia el estado de horrible perturbacion en que debió encontrarse el desventurado Ricardo.

De una perturbacion semejante nadie está libre en absoluto, y todos debemos examinar ese estado cuando, felizmente, no nos hallamos en él y podemos razonar con tranquila serenidad de espíritu. Una falsa idea del honor, un alarde equivocado de valentía, un pesar que se cree insoportable, desconociendo lo mucho que puede soportar nuestra alma, y sobre todo una ausencia de principios religiosos, hé aquí las causas inmediatas del suicidio.

La novela de mal género, el drama del género horripilante y la literatura de brocha gorda, que tienen sólo por objeto conmover sin instruir ni deleitar, constituyen una gran complicidad moral en las corrientes que vician y perturban los corazones lacerados por el dolor. A trueque de hacer efecto é impresion profunda en lectores ó espectadores, ávidos de emociones, esa literatura, presentando una víctima imaginaria, que el autor literario estaria muy léjos de imitar en la práctica, presenta al suicida con una especie de aureola de superioridad sobre el vulgo de las gentes, aureola cuyo vicio y falsedad principal es dar carácter de valor á un acto de verdadera cobardía.

En efecto, si el valor se acredita en la constancia firme de la lucha y en el triunfo sobre el enemigo con quien se combate; si cobardía es evadir esa lucha con la fuga, esto es lo que hace el suicida al abandonar cobardemente el combate que, bajo distintas formas, le presentan la enfermedad, el desengaño en los afectos del corazon, las pérdidas de todas clases y las situaciones comprometidas de la honra. Entre el suicida que se mata por no sufrir y el hombre esforzado y religioso que acepta toda clase de dolores, y acaso los vence, la preferencia de aprecio y de simpatía no es dudosa. El primero dice: "No tengo valor para sufrir y me mato." El segundo vé en la vida un estado normal de lucha, la acepta, y dice: "Luchemos para vencer ó para sucumbir á impulsos del dolor, pero sucumbiendo natural y honrosamente."

En cuanto á los suicidas por cansancio de la vida, por esas penas íntimas del corazon que parecen hacer desear la muerte, hay una sencilla reflexion que hacerles: "¡A qué matarse, si se muere!" Es decir, ¿para qué adelantar lo que forzosamente ha de venir? Y mientras viene, ¿por qué desconfiar de los consue-

los divinos, que son superiores á todo, y áun de los humanos, que nadie sabe hasta dónde pueden llegar? ¿Qué problema resuelve ventajosamente para sí y para los demás el arma del suicida, lanzándole á un desconocido pavoroso, en vez de esperararlo como el término natural de la vida, en donde ha de principiar aquella compensacion de penas y desventuras inherente á la justicia divina?

Preguntas son éstas á que no puede contestarnos el suicida despues que lo ha sido. Si la omnipotencia de Dios permitiese que llegara hasta nosotros la voz del suicida desde la tumba, esa voz expresaria, indudablemente, arrepentimiento de su criminal atentado y perfecto desengaño de lo que él juzgó en vida motivo bastante para quitársela.

Considerando, pues, á los suicidas como locos de locura pasajera, aunque terrible, hay que compadecerlos como á todos los séres que pierden la razon, y hay que dar la voz de alerta á todos los que pueden sentirse iniciados en esa clase de demencia.

¿Hay penas dolorosas del corazon, desencantos de la vida, hastío de ella, pérdidas de salud, de reputacion y de bienes de fortuna? Pues nada de esto remedia la bala, el acero ó el veneno. El remedio, si le hay, está en el espíritu esforzado para luchar contra las contrariedades inevitables de la existencia humana; en la fé religiosa para esperar; en el ejercicio de la caridad, que es un bálsamo desconocido para muchos, y hasta en el propio convencimiento de la razon, áun independiente de las creencias religiosas, si éstas pudieran impunemente divorciarse de las demás. Aquel sábio pagano desangrándose en el baño, nos parece un pobre filósofo. Mayor y más grande nos parece aquel otro modesto filósofo cristiano que, aunque con algo de orgullo, cuando la desgracia le perseguia de la manera más cruel, exclamaba:—“Dolor, nada puedes contra mí; te he vencido.”

—

¡Pobre Ricardo G. y V.! Yo no te conocia; pero sé por tus excelentes amigos que tu alma era buena. Ruda y terrible ofuscacion debió sufrir, cuando á tal extremo de desvarío te condujo. Yo te compadezco por ello. Que al ménos tu ejemplo, lé-

jos de armar otra mano suicida, sirva para que nadie se entregue á una muerte violenta, que nada resuelve para el bien y sólo constituye un crimen legal y moral.

FAUSTO.

CONSOLAR AL TRISTE.

Deseo llamar la atención de aquellos que verdaderamente aspiran á recibir el nombre dulcísimo de caritativos, hácia un aspecto de esta virtud, que por tener su objeto en algo más oculto que la desnudez, la enfermedad, el hambre ó la miseria, pasa desapercibido para muchos; miran otros con absoluta indiferencia la necesidad á que responde, y no falta quien conociéndola, ya se contenta con volver la espalda, ya se atreve impiamente á acrecentar de mil modos las penas del que sufre. Más vale pensar que estos no conocen las heridas, que con mano cruel exacerban en vez de cerrarlas, pues ¿cómo es posible concebir que haya quien vista al desnudo, dé comida al hambriento, hasta perdone al enemigo y no consuele al triste? No hablo de la tristeza que nace por la muerte de un padre ó de un amigo, por la pérdida de una fortuna, que trae consigo un cambio de posición social, ni por otras tantas cosas que al día nos entristecen de continuo, que ni son estas las mayores tristezas, ni las que más necesitan de consuelo; me refiero á aquel estado del alma que batalla consigo mismo entre lo pasado y lo presente. Tampoco hay que atormentar mucho el pensamiento ó el ingenio para encontrar ejemplos de esta clase: los ha habido en todos tiempos, y en el nuestro más que en ningún otro; verdaderamente la época en que vivimos es pródiga en ellos.

El jóven de buena voluntad, de recto pensar, de corazón puro y levantado que cuando era niño, según dice el apóstol, hablaba, pensaba y juzgaba como niño, llega un día en que hecho hombre quiere dejar lo que era de niño, ver cara á cara y conocer por entero lo que antes conocía como en un espejo y solo en parte. Le repugna examinar ya de memoria su conciencia, como hasta entonces lo ha venido haciendo, y en vez

de preguntarse si ha faltado á la ley en que cree, pregunta por el fundamento de esta ley, quiere ver el principio en que descansa. Sabe que es libre, y por lo tanto responsable ante Dios de sus acciones, y no está tranquilo mientras no encuentre medio de dar satisfaccion á su responsabilidad haciendo efectiva la libertad que dentro de sí siente. Por eso anhela conocer la verdad para amarla, entendiendo que tiene el deber de ir en su busca y convertirla de letra muerta en obra viva, acordándose de aquella divina palabra: *conocereis la verdad, y la verdad os hará libres*. Se da cuenta de lo que las gentes llaman vida, no es sino un reflejo, muchas veces tiene, de la vida interior que todos hacen, porque él mismo nota que ha vivido en un mes, acaso en una semana ó en un dia, mucho más que en un año. ¡Cuántos pensamientos, amores y deseos se han engendrado y viven en su alma, sin que ni un hecho haya venido á traducirlos en su vida! Tal vez no sepa si retrocede ó adelanta, si pierde ó gana; pero sabe que cambia porque horizontes por él nunca soñados, aspiraciones que jamás ha sentido, le anuncian que asiste á una trasformacion que en su espíritu se está verificando. Todo indica que acaba el hombre viejo y que aparece otro hombre. Este hombre nuevo, á cuyo nacimiento va presidiendo la intencion más pura, no puede menos de aparecer ante sus ojos iluminado por claros resplandores, ganoso de vida, superior al hombre que le precedió, porque ha nacido y va á vivir á espensas de sí mismo; se encariña con él, como hijo suyo que es y como quien siente en el espíritu los dolores que le produce su trabajoso nacimiento. Pero, ¿y el mundo? (queriendo decir con esto el círculo de personas á quien ama), ese mundo que no puede asistir á su mudanza, porque las crisis del espíritu son ocultas y misteriosas en el primer momento, como los fenómenos en la naturaleza; ese mundo que permanece fijo mientras él sin cesar cambia, que por lo tanto dista mucho ya del hombre nuevo, pero que todavía se figura tratar y vivir con el antiguo, el cual solo vive ya en las obras no en el alma, ¿cómo lo acogerá cuando aparezca, cuando sepa que sus ideas no son las que antes eran?

Sus primeros hechos, conforme á las nuevas ideas, levantan otras tantas protestas en ese círculo de gentes con quien vive.

El que no se burla, se encoje de hombros con indiferencia; el que no le reprende sin piedad agria y duramente, le abandona. ¿Qué hacer? ¿Guardar silencio? ¿Ahogar aquella voz poderosa del hombre que nace y continuar viviendo como hasta entonces ha vivido? Imposible, porque brotando de lo íntimo de su ser, no tiene fuerzas para ahogarla y mucho menos puede su alma pura vivir en el pensamiento de un modo y en las obras de otro, que esto es la hipocresía.

Entonces aparece la tristeza, para la que pedimos en estas líneas, y en nombre de la caridad, algun consuelo.

Como el infeliz que tiene hambre pide pan, fuego para calentarse el que tiembla de frio, así pide consuelo el que está triste. Nadie como el necesitado ó el enfermo, conoce cuánto vale la salud y el remedio; tan solo el que alguna vez ha sentido aquella necesidad de que ahora oye la queja, puede contemplar el fondo de amarguísimos dolores, que para el vulgo de las gentes ó son letra muerta ó no valen la pena, porque no tienen ojos con que mirar adentro, ni su pensamiento atravesó jamás la envoltura de las cosas. Si tenemos caridad para el cuerpo y acudimos las más veces presurosos á enjugar las lágrimas, ¿por qué no hemos de tener tambien caridad para estos sufrimientos del espíritu? Me refiero aquí, sobre todo, á las crisis religiosas, no porque sean las únicas, sino porque siendo la religion la esfera más desinteresada que podemos hallar en nuestra vida, es, sin embargo, la que más nos interesa; con ser la más pura mezclamos torpemente con ella sentimientos personales y pasiones egoistas. No es difícil ver, pero sí muy triste, como al cambiar una persona de ideas religiosas, cambia la estimacion hácia ella de sus conocidos y aun el amor de los que se decian sus amigos, en indiferencia cuando no en antipatía ú ódio. Sin duda no han pensado éstos que su modo de proceder, que toman por celosos y más bien por falta de verdadera caridad cristiana, hácia el espíritu conturbado del hombre de buena voluntad que ha nacido fuera de las creencias que ellos profesan ó han tenido la desgracia de perder la fé profesada hasta entonces, y que amargan su existencia arrebatándole el amor, que es lo que anima á luchar en las contrariedades de la vida, poniéndole en el duro trance de pensar tal vez por un

momento en hacer traicion á su conciencia ó perderlo todo á trueque de ganarse á sí mismo; y digo pensar, porque jamás llegará á hacerlo el hombre que ve tan puro como antes el fondo de su alma y sabe que no ha faltado á la única promesa absoluta que ha podido hacer, que es el ser bueno.

Enhorabuena, que el infiel dichoso, que abre los ojos á la luz cristiana, venga perseguido por el ódio de su secta y raza que al fin no conoce la religion del amor, que anunció la verdadera caridad al mundo; pero el que vive dentro de esta religion, y se llama cristiano, así como tiende los brazos para acoger al *convertido* y le acaricia con el nombre de hermano, no debe cerrar su corazon ni abandonar indiferentemente á aquel que llama *incrédulo* ó *apóstata*, porque segun dice una conocida escritora «no hay nada que endurezca tanto como el ser tratado con dureza; el llanto de la compasion hace verter lágrimas de arrepentimiento y la sonrisa de la indiferencia hace blasfemar» (1).

Si os apartais de su lado como de un pestífero, si le negais vuestros afectos y caricias, le obligareis á buscar nueva atmósfera donde vivir y donde ahogar sus penas, pervirtiendo tal vez el germen de su alma, ó llegará á morir de tristeza. ¿Quién podrá llamar caritativo y generoso al que, llegado al puerto de salvacion, vuelva la espalda y abandone al que todavía se encuentra combatido por las olas? ¿Ni quién podrá desconocer que el que se interesa por el pecador y llama con dulzura á la oveja descarriada, forma parte, aun sin saberlo, de ese universal y misterioso apostolado que ha puesto Dios entre el divino Maestro, que ya se ha revelado á ellos, y los que todavía están fuera del santuario de la santidad y la verdad. ¿Habrá alguno que no desee formar parte de este sagrado ministerio? Pues solo el que tiene caridad, á él pertenece; no aquella que consiste en ser benéfico ó en repartir limosnas, consignada en todas las religiones de la historia, antes bien, la sublime caridad cristiana que en el fondo es puro amor, amor tan solo; aquella caridad de que habla el apóstol en su epístola á los Corintios, que debiéramos tener más en el corazon que en la memoria: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y

(1) Doña Concepcion Arenal.

no tengo caridad, vengo á ser como metal que resuena y címbalo que retiñe. 2.º Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fé, de tal manera que traspasase los montes, y no tengo caridad, nada soy. 3.º Y si repartiese mi hacienda para dar de comer á los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tengo caridad, de nada me sirve... 8.º La caridad es paciente, es benigna... 13. Y ahora permanecen la fé, la esperanza y la caridad; mas de estas tres cosas, la mayor de ellas es la caridad. »

Esta clase de caridad, y no otra, es la que hace falta para curar la enfermedad de que hablo y consolar al triste; porque ella es el único elemento que, salvando obstáculos, llena los vacíos y enlaza estrechamente lo que en el pensamiento va rompiéndose, base inquebrantable y necesaria de todas las relaciones y amistades puras. Que subsistan las diferencias en ideas entre los hombres; suprimid la caridad, y la vida es imposible. Quede la pureza en el corazón del hombre bueno, busque sinceramente y, ¿qué más podeis pedirle? Si alguna vez se os ocurre que puede el que no piensa como vosotros, carecer de intención sana, amad y tened caridad, no sea que confundais uno bueno entre ciento mal intencionados.

Hermoso día aquel en que esta caridad viva en todos los hombres, se vaya revelando en las costumbres, y puedan las familias, en cuyo seno se alojen contrarios y discordes pensamientos, ser felices, porque el mismo fuego del amor arda en todos los corazones.

Felizmente se acercan esos días y todo indica que hácia ellas caminamos, porque ya se oyen las campanas de los templos católicos doblar á muerto por el ilustre Channing, y ya se escucha la voz del amoroso Grady que declara como las más nobles y levantadas frases que ha producido el siglo XIX, las que pronuncia el presidente Lincoln al romper las cadenas del esclavo. Esperemos con firmeza que esta caridad y este amor regeneren el mundo, y venturoso será el que llegue á oír en el fondo de su alma aquellas dulces y consoladoras palabras que Jesús dirigió á la Magdalena: «yo te perdono, porque amaste mucho.»

M.